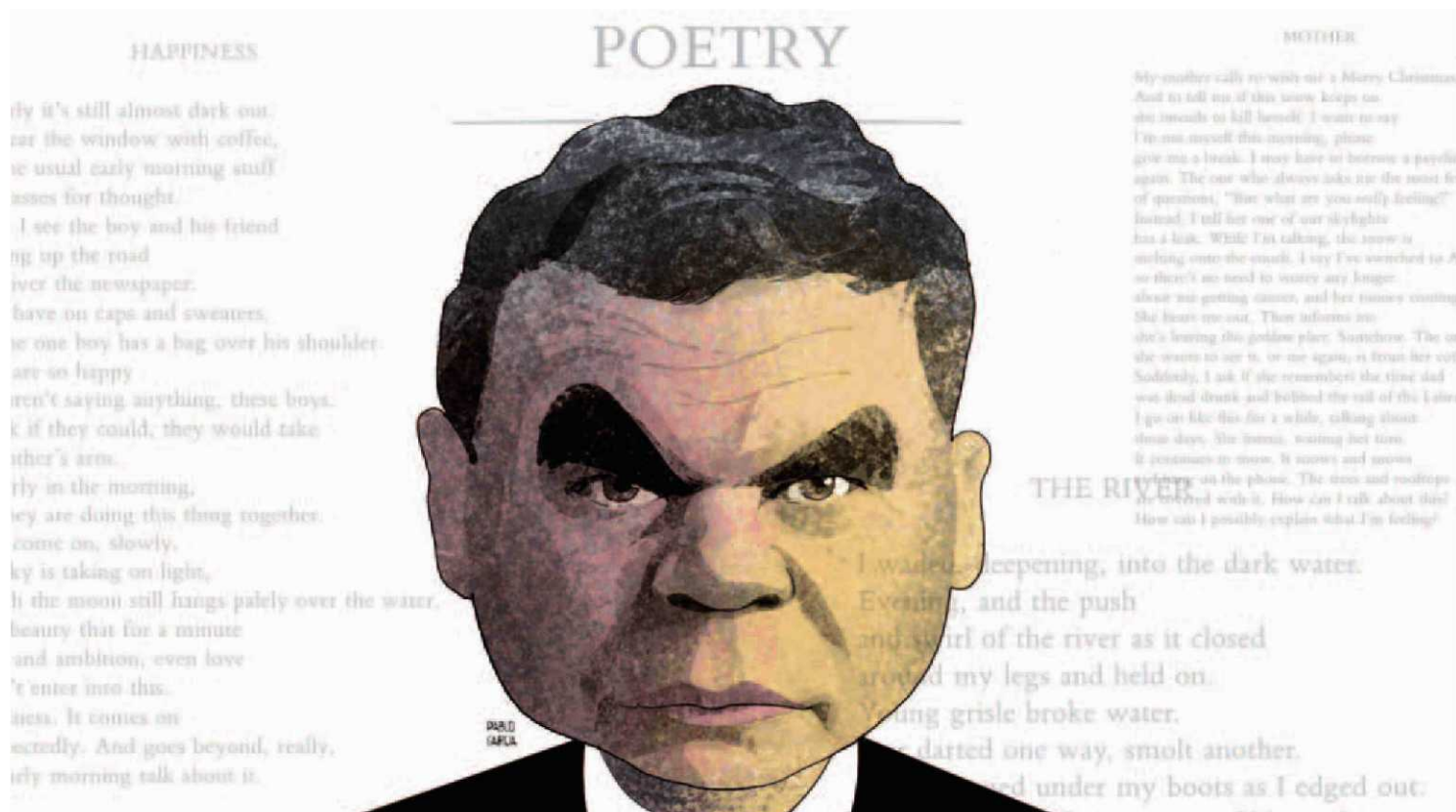




Una voz singular, propia, capaz de ofrecer una cosmovisión compleja que emociona porque nos identificamos de algún modo con ella, es lo que diferencia al poeta del correcto escritor de versos. El primero hace del lenguaje una casa habitable, suya y nuestra a la vez; el segundo traza planos de urbanizaciones con viviendas por construir. Uno y otro pueden escribir desde una determinada tradición o desde la tradición de la ruptura, pero no habrá poesía sin esa sabia disposición de las palabras -ceñidas por un ritmo o un fraseo inequívocos- y la filtración de algún contenido revelador. Raymond Carver, al que desde las páginas de "The Guardian" bautizaron con acertado y luego muy repetido marbete como el "Chéjov americano", no sólo era el cuentista excepcional que hizo escuela, sino también un poeta especialmente dotado para percibir los densos estratos de la vida en el rumor de lo cotidiano. Y para traer todo eso hasta la página, siempre desde una dicción original, con pocas deudas.

La publicación de la traducción española de la poesía completa de Carver es, por todo eso, una buena ocasión para subrayar que el gran cuentista también era un extraordinario poeta. Es más, estamos tentados a afirmar que la clave, la fuente de su escritura, estuvo desde el principio en esas operaciones del lenguaje (en verso y en prosa) a las que, a falta de un nombre mejor, solemos llamar poesía. Un condensador de los detalles que acaban transmutados en emblemas. Y como escribió su segunda esposa, la también poeta Tess Gallagher, "un cauce espiritual del que se desvía para escribir sus relatos". "La poesía no ha sido algo circunstancial", señala esta última en la introducción que redactó en 1996 para *Todos nosotros*, título que agrupa cinco colecciones de poemas del autor estadounidense.

El sello Anagrama ha optado por publicar la suma de los poemas de Carver en su "Panorama de narrativas". El autor de *Quieres hacer el favor de callarte, por favor* es, desde luego, un poeta narrativo, o sea, alguien que necesita contar cosas para entregarnos, envueltas en el prosaísmo al minuto de las horas, una gema y una conmoción. La editorial ha recurrido

Las sabidurías de Carver

Todos nosotros, que reúne la suma de los poemas del maestro del relato, muestra el peso nuclear de la poesía en el conjunto de su obra

JOSÉ LUIS ARGÜELLES

para esta edición bilingüe de *All of Us* a las versiones de Jaime Priede (Sama de Langreo, 1965), colaborador de este suplemento y posiblemente la persona que con mayor atención y empeño ha traducido a Carver al español. A otro asturiano, Mariano Antolín Rato, debemos las primeras traducciones del autor estadounidense.

Desde que en una mañana de 1990, siendo aún estudiante, un compañero de piso le entregó una versión del poema "Miedo", Priede no ha dejado de intentar la meritoria tarea de



Todos nosotros

Raymond Carver

Traducción: Jaime Priede
Editorial Anagrama
640 páginas, 24,90 euros

dar con la equivalencia en castellano de la tan característica voz carveriana. Poeta y escritor él mismo, este profesor viene haciendo una muy elogiable exploración de algunos autores norteamericanos que podrían ser espejo de renovación para una lírica hispánica muy sobrecargada, en ocasiones, por el peso de la mochila de ciertas marcas estilísticas. En 2006 publicó ya en Bartleby una amplia antología de *Todos nosotros*, título tomado de "En Suiza", uno de los textos que Carver incluyó en *Donde el agua se junta con otras aguas*, libro de 1985: "Todos nosotros, todos nosotros, todos nosotros/ intentado salvar/ nuestras almas inmortales por caminos/ en algún caso más sinuosos y misteriosos/ aparentemente/ que otros". Tradujo también para Bartleby el misceláneo *Sin heroísmos, por favor*, o Carver y yo, este último de Tess Gallagher. Un libro de amor y duelo, como ella misma ha dicho.

Nacido en Clatskanie (Oregón) en 1938, Raymond Carver falleció cincuenta años más tarde en un hospital de Seattle como consecuencia del cáncer de pulmón y el tumor cerebral que padecía. Tess Gallagher, a quien debemos la recopilación de todos los poemas de su marido y el esclarecedor prólogo que introduce la edición de *Todos nosotros*, ha dicho que Carver empezó a escribir poesía -y también prosa- cuando aún no había cumplido los dieciocho años. Entre octubre de 1983 y agosto de 1985, concluyó más de doscientos poemas, cifra que da idea de la importancia que la expresión poética fue adquiriendo en los últimos años de vida del escritor. Priede ha manifestado que Carver se consideraba ante un todo un poeta, aun cuando la merecida fama le llegara por unos relatos en los que combina la transparencia verbal, la frase casi minimalista, el detalle y la ambigüedad. Fue destacado como uno de los maestros del llamado "realismo sucio", una fórmula editorial -ahora ya académica, bastante desacertada a mi juicio- bajo la que se agrupa a una serie de autores que proponen un estilo caracterizado por la aparente sencillez sintáctica y la experiencia biográfica.

Pasa a la página siguiente

Un poeta con la cualidad de extraer oro de los estragos de cada día

Viene de la página anterior

Carver no tuvo, precisamente, una vida fácil. Casado a los diecinueve años con una muchacha de dieciséis (la figura de **Maryana Burke** atraviesa varios de sus poemas) y padre de una niña, trabajó en diversos oficios (recadero, peón de aserradero, vigilante en un hospital...) que le ligaron aún más a la clase obrera de la que procedía. Siguió algún taller de escritura creativa y se graduó en 1963. Dos años antes había publicado su primer relato, "Tiempos muertos". Las mudanzas de domicilio y estado, las bancarrotas y un persistente alcoholismo (su padre también fue alcohólico) hicieron de él un tipo con la apariencia de ser "el hombre más triste del mundo". Sufrió cuatro hospitalizaciones por sus ingestiones etílicas. Fue en 1977, el año en que conoció a Tess Gallagher y cuando dejó de beber. Estaba orgulloso de esa decisión. Desde esa fecha, un 2 de junio, empezó a verse a sí mismo como alguien al que conceden una prórroga.

Tess Gallagher lo ha emparentado con W. C. Williams, Ginsberg y Emily Dickinson

Un plazo que duró once años en los que profundizó aún más en una visión ligada a esa atención al detalle, tan chejoviana, y al esclarecimiento de una vida inserta en ciertos modos y maneras de la clase trabajadora estadounidense. "Ray intenta injertar la experiencia en el lenguaje con toda su vitalidad y entereza", avisa Tess Gallagher, para quien la empresa poética de Carver emparenta con las renovaciones de dicción y sintaxis que cuajaron **William Carlos Williams, Ginsberg** o la propia **Emily Dickinson**. Esta edición de **Todos nosotros** ofrece la posibilidad de encontrarnos con un poeta que tiene la rara cualidad de extraer sabiduría de los estragos de cada día, de los acontecimientos no siempre felices. Y, también, de la contemplación de ese hilo sutil que nos une a las respiraciones del mundo: "Una vez más se encontraba frente al misterio/ de la vida. Lluvia. Risas. La historia./ El arte. El poder de la muerte./ Allí se quedó, escuchando".